

Sesión Pública del 11 de diciembre de 1996
Incorporación del Dr. Agustín O. F. Rocca
como Académico titular en el sitial Francisco A. Soldati

Discurso de incorporación del Dr. Santiago Tomás Soldati

Agradezco profundamente a la Academia Argentina de Ciencias del Li opresa el haberme designado entre sus distinguidos miembros, para ocupar el sitial instituido en nombre de mi propio padre. Francisco Agustín Soldati.

En forma especial agradezco a los académicos Dr. César Marzagalli, Dr. Ovidio Giménez, Dr. Eduardo de Zavalía y Dr. Carlos Tacchi, que fueron quienes propusieron mi nominación. No puedo ocultar que en este momento me embargan una mezcla de sensaciones. Estoy emocionado por la evocación a mi padre, aquí, junto a mis hermanos, familiares, amigos y colegas, y me siento, naturalmente, muy honrado por esta designación.

Parecería un lugar común, pero no sería justo si no empezara estas palabras diciendo que mi padre fue un jefe de familia ejemplar. Y que el hogar que constituyó con mi madre, Elvira Láinez, estuvo basado en el amor, la solidaridad y la austeridad, en la que crecimos sus cinco hijos. Francisco Agustín Soldati ejerció una fuerte influencia en el destino de nuestra familia, la cual se ha prolongado en el tiempo mucho más allá del día en el que nos dejó. Víctima de los irracionales desencuentros que se vivieron en nuestro país en los años setenta y ochenta que felizmente ya están en el pasado

Mi padre fue un armador de emprendimientos empresarios en los que ponía a prueba su gran capacidad para movilizar y motivar a quienes lo rodeaban.

Esa característica suya posibilitó que tras su muy sentida ausencia, no se malograra la continuidad de su impulso creador y la semilla del crecimiento permaneciera en todos los que recibimos su influencia.

Francisco Agustín Soldati fue un hombre de vivencia y prédica de principios éticos sociales, que transmitía de modo permanente a quienes lo rodeaban.

Sus formulaciones eran muy simples y las expresaba más bien como recompensas a las que aspiraba, en consonancia con el progreso de las empresas que él administraba: crecer para dar más trabajo, proteger a la familia, destinar recursos a causas nobles.

Su actuación empresaria, distinguida por estos rasgos mereció y aun merece el reconocimiento de quienes compartieron con él y de quienes lo sucedieron.

Voy a traer como ejemplo de ese reconocimiento las palabras pronunciadas por un dirigente sindical, al recordarlo un año después de su muerte.

En aquellas horas en las que la violencia enlutaba al país, aquel dirigente señaló que no era usual que los trabajadores se acercaran a rendir homenaje póstumo a un gran dirigente empresario, “pero tampoco es usual en nuestro tiempo –dijo- que un empresario distinguido por sus pares como un arquetipo de su clase haya dado el ejemplo de que la eficiencia no está reñida con la sensibilidad social y humana más alta”.

Hoy el rol del empresario innovador, en un mundo globalizado, adquiere dimensiones distintas, sin que esto signifique abandonar esa sensibilidad social y humana. Este universo nos abre horizontes nuevos e infinitos y potencia nuestra imaginación y audacia, pero también nos preocupa por lo desconocido y por la fuerte competencia que lo caracteriza.

Nuestro país se está incorporando a ese universo y los primeros síntomas que percibimos son su rápida y creciente modernización y la fuerte inversión extranjera del último quinquenio, que perdura a pesar del efecto Tequila, felizmente ya superado.

Las fuertes inversiones en petróleo, minería y agroindustria evidencian la rápida percepción del potencial argentino en recursos naturales.

Pero ¿qué pasa con nuestros recursos humanos?

Esta es una buena oportunidad para que un empresario argentino reflexione sobre el futuro de los recursos humanos del país en un mundo globalizado. En este caso la ocasión es casi un mandato para quien tiene el honor y la responsabilidad de ser bisnieto de Manuel Láinez, gran promotor de la escuela argentina.

Mis abuelos vivieron también un proceso de globalización que incorporó las pampas argentinas al mundo de entonces. Fue un proceso más limitado que el actual, pero no exento de desafíos y angustias.

En aquel entonces se recibían grandes inversiones económicas del exterior, pero era tarea de los residentes elevar el nivel de educación que permitiera optimizar el uso de la nueva tecnología de entonces y así lograr que el nivel de vida de los argentinos fuera uno de los más elevados del mundo.

Hacia ya medio siglo que la sabia Constitución Nacional exigía a las provincias que aseguraran la enseñanza primaria a través de la Ley 1.420, de enseñanza obligatoria, que había sido promulgada por el presidente Domingo Faustino Sarmiento.

Pero faltaban escuelas, que no dejan de ser empresas con un producto final sublime: la formación de los niños argentinos.

Mi bisabuelo tuvo el honor de propiciar las “Escuelas Láinez”, que con más de un millar de establecimientos poblaron con cultura al interior del país.

Ya en 1996, la educación primaria no es suficiente para competir en un mundo globalizado. Nuestra generación anterior contribuyó a modernizar la universidad y para mi familia fue un alto honor que mi padre pudiera participar con otros empresarios en la promoción de esta casa, la Universidad Argentina de la Empresa (la UADE), hoy una realidad.

En pocas décadas Argentina progresa también en educación, con sus iniciativas de posgrado que hoy preocupan a las mejores universidades del país. No se trata de una demorada ampliación de nuestro sistema educativo, sino de perfeccionar la formación de nuestra juventud para que sea activa en esta nueva era. Nos incorporamos a la globalización con recursos naturales y con gente capacitada, aun cuando nos falte recuperar mucho en este último aspecto. ¿Pero tenemos

empresarios para un mundo globalizado? Existe un verdadero consenso del importante papel desempeñado por los empresarios en el diseño del Estado Argentino moderno mediante el aporte de ideas y métodos y la toma de riesgo.

Este consenso se refleja en que la gente ha dejado de ver al empresario como un simple oportunista o prebendista. Hoy la sociedad deposita en las empresas la expectativa de un mayor crecimiento de la economía, de la generación de puestos de trabajo, de la creación de productos y servicios que mejoren la calidad de vida y, por consiguiente, de mayor bienestar para más cantidad de personas.

El empresario es un reconocido actor del cambio porque tomó riesgos y compartió la vanguardia en el compromiso de la modernización.

Esto ha sido producto de una necesidad que se volvió vocación. Los nuevos tiempos nos han obligado a hacer que nuestras empresas sean eficientes y competitivas, y hemos encontrado en esta situación grandes satisfacciones, que van mucho más allá de los resultados económicos.

Gracias a esto hoy la Argentina integra la nómina de cuarenta o cincuenta países del mundo que crecen simultáneamente dentro de un marco de estabilidad política y económica.

Los empresarios podemos declararnos artífices de la calidad de los servicios que hoy se prestan en nuestro país que han permitido también las importantes mejoras observadas en la producción de los diversos sectores de la economía.

Estos cambios obedecen, naturalmente, a una férrea decisión política de producirlos, acompañada por una eficiente gestión de la conducción económica.

Pero nada de esto hubiera sido posible sin el cambio de actitud del empresariado nacional, que en muchos casos aceptó abandonar cómodas situaciones, introduciéndose en el mundo del riesgo y la competencia, olvidados en nuestro país durante décadas.

Entre los grandes resultados de la primera parte de la reforma del estado, que han sido la modernización de las estructuras económicas del país y el crecimiento, debemos anotar también la liberación de la fuerza creativa y multiplicadora del sector privado.

El actual es un tiempo en que, dentro de la máxima armonía, debemos contribuir a que los cambios se consoliden, a que se pongan en marcha acciones tendientes a alcanzar las metas aún no logradas y a corregir las consecuencias no deseadas del modelo económico.

En los años transcurridos desde que comenzó el proceso transformador, han sido privatizadas más de 40 empresas. El sector privado ha invertido 12.400 millones de dólares para adquirirlas y asumió pasivos por otros 3.200 millones. Adicionalmente el estado pudo recuperar el 35% de la deuda que había emitido, unos 16 mil millones a valor nominal.

De grandes generadoras de déficit, las ex-empresas del estado han pasado a ser los principales contribuyentes del fisco.

Hasta 1989 las empresas del estado tenían en conjunto una nómina de 347 mil empleados, de los cuales actualmente sólo quedan 27.500, en su mayoría trabajando en el Correo Argentino. Un

40% de aquellos empleados se acogió al sistema de retiro voluntario: otro 40% fue absorbido por las empresas privatizadas y el 20% restante se jubiló o renunció.

Durante la primera etapa de la reforma del estado el sector privado contribuyó también a consolidar una de las bases de la transformación, que es la estabilidad. La inflación se ha reducido a los niveles más bajos del mundo, iniciándose un período de estabilidad que no tiene antecedentes en la historia moderna del país. En los últimos tres años tuvimos una inflación promedio anual menor al 2% -que es la meta del Banco Central de Alemania- y este año será la menor del hemisferio occidental.

En el proceso de transformación de la Argentina tomaron la delantera quienes más rápido se adaptaron a los cambios, adoptando medidas para proveer de mayor competitividad a sus empresas y confiando en que había llegado la hora de producir con calidad para mercados internos y externos más selectivos.

La crisis que siguió a la devaluación mexicana de diciembre de 1994 probó la firmeza de la decisión del empresariado de respaldar el cambio.

A diferencia de lo que ocurría antes, cuando se colocaban los fondos a resguardo en plazas del exterior, los empresarios promovimos y suscribimos el denominado "Bono Argentina", mediante el cual aportamos 1.100 millones de dólares en condiciones muy favorables para el Estado. Estoy seguro de que no hay en la actualidad otro caso semejante en el mundo.

Esa actitud mereció el reconocimiento del sector financiero internacional, que dando una señal de respaldo al país no menos significativa, aportó una suma semejante en las mismas condiciones suscritas por los empresarios nacionales.

En la segunda etapa de la reforma, que ya estamos transitando, al gobierno le compete alcanzar objetivos tales como concluir las privatizaciones, continuar el proceso de desregulación, avanzar en las fusiones de organismos del estado, modernizar el marco legal de las relaciones laborales y corregir los desvíos producidos en el programa.

Es necesario que en esta etapa queden instalados principios tales como el fortalecimiento de la formulación de políticas públicas, la simplificación de las normativas, la satisfacción de demandas sociales con eficiencia y equidad y la transparencia en los actos administrativos.

Nada de esto podrá ser logrado si los empresarios no brindamos el apoyo necesario, como por ejemplo, participando en las licitaciones, buscando socios externos, aportando ideas para los marcos regulatorios y acatándolos cuando estén vigentes y contribuyendo, con una actitud ética, a la transparencia de los actos administrativos. Buena parte de esos aportes debemos hacerlos en forma orgánica a través de organizaciones dedicadas a la investigación y a la formulación de propuestas, como la Fundación para la Modernización del Estado, que tanta participación tuvo en la primera parte de la reforma y que está comprometida de la misma manera en la segunda. En esta segunda etapa el Estado podría intentar adoptar los mejores modelos del sector privado para la gestión administrativa del sector público, contemplando objetivos, metas y resultados mensurables.

El empresario requiere una mayor seguridad jurídica para que sus inversiones sean más previsibles. En ese marco es necesario que tanto el gobierno como los empresarios hagan los

esfuerzos que conduzcan a entendimientos duraderos, en los que no haya posibilidades de especulaciones de ninguna índole ni mecanismos que puedan alterarlos.

Está claro que no es el único problema que atravesamos, ni siquiera el más importante.

La desocupación se ubica en la primera línea de las preocupaciones de todos los argentinos, incluidos los empresarios.

La corrupción, que con el desmantelamiento del estado empresario ha quedado limitada a pequeños sectores de nuestra sociedad, todavía juega un papel que nos ofende.

El elevado nivel de gasto público de algunas provincias conspira contra la evolución del cambio.

También preocupan las tasas de interés del sistema financiero, que tuvo la capacidad de superar la etapa del Tequila y que ahora se esfuerza por intermediar más eficientemente entre quienes depositan sus ahorros y quienes necesitan financiamiento. Estamos entrando en tiempos en los que se redoblará la competencia. Los consumidores alcanzarán un mayor grado de capacitación y de facultad para elegir entre los productos y servicios que nosotros ponernos a su alcance.

El público consumidor demanda niveles crecientes de calidad de productos y de servicios, y juzga y valora a las empresas de acuerdo con su capacidad de contribuir a mejorar la calidad de vida a través de la calidad de los bienes y servicios que producimos.

Es por eso, una de las grandes condiciones que debe exigírsele hoy a un buen empresario es que sepa interpretar como los datos de la realidad se proyectan hacia el futuro.

Uno de esos datos es el ahorro, factor esencial para la financiación del proceso de inversión. Si bien con el modelo iniciado en 1989 se logró la reinserción de la Argentina en los mercados internacionales, los empresarios ya deberíamos estar trabajando sobre un nuevo escenario en el que el ahorro doméstico, a través de instrumentos como los fondos de pensión se canalice hacia la inversión productiva.

En Chile, por ejemplo, la inversión está fuertemente financiada por recursos domésticos. Las empresas chilenas han salido a invertir en la región, posicionándose, por ejemplo, en el sector eléctrico, como bien sabemos los argentinos.

¿Por qué no pensar que la Argentina pueda salir también a invertir en otros países, capitalizando, por ejemplo, la experiencia que nos ha dado tener un mercado petrolero y gasífero totalmente desregulado?

La desregulación permitió que en los últimos cinco años la producción y las reservas petroleras del país se incrementaran en un 50%.

Las empresas petroleras argentinas están saliendo exitosamente a la región, aprovechando su experiencia y las oportunidades que ya se están brindando en países como Venezuela, Colombia, Perú, Ecuador, Bolivia y Guatemala.

De acuerdo con datos de la Fundación Invertir, en los últimos dos años en la Argentina las inversiones directas alcanzaron los 18 mil millones de dólares. Otras fuentes estimaron recientemente que desde 1993 hasta la fecha, sólo en la industria manufacturera, hubo 400 fusiones y adquisiciones por un monto estimado de 7.000 mil millones de dólares.

El secretario de industria expresó en estos días que para 1997 los proyectos de inversión directa en el país suman 20 mil millones de dólares.

Estos datos reflejan el atractivo que tiene la Argentina para los inversores locales y extranjeros, por su estabilidad, la previsibilidad de sus políticas y la desregulación de sus mercados, a lo que sumaríamos también la calidad de sus recursos humanos. En el marco de este proceso no ha estado ausente la expansión de los recursos naturales. Los indicadores de sectores como la agricultura y la minería, incluidos los negocios de petróleo y gas, presentan crecimientos sorprendentes en los últimos años y perspectivas muy favorables para los próximos.

La irrupción del MERCOSUR es otro poderoso impulsor de las inversiones y la competitividad del país. El acuerdo regional representa una enorme oportunidad que se está manifestando en las cifras de las exportaciones, especialmente las destinadas a Brasil, y en la masiva llegada de empresas extranjeras.

El intercambio comercial de Argentina se ha casi triplicado desde 1990, con la particularidad de que sus exportaciones de origen industrial -claro síntoma de modernización- aumentaron un 82%. Todo esto es posible gracias al marco político-institucional, pero también a que el empresario argentino ha sabido aprovechar las oportunidades que otorga la globalización, capitalizando el hecho de estar en contacto con el mundo y con la economía real.

El empresario supo buscar capitales, financiamiento, socios, tecnologías, know how, canales de distribución...

El gran desafío de hoy es contribuir a crear un aparato productivo cada día más eficiente, que posibilite el surgimiento de empresas cuyas ventajas competitivas les permitan luchar por una participación en los mercados mundiales.

Actualmente sólo un uno por ciento de las empresas líderes mundiales provienen de países emergentes, pero estos participan con un 12,5% del portafolio mundial de inversiones, el equivalente a unos 12 billones de dólares.

El grupo empresario que preside, Sociedad Comercial del Plata, ha tomado muy en cuenta esa situación y por ese motivo adoptó la estrategia de establecer sociedades y alianzas con empresas líderes mundiales para competir en el lugar del mundo donde se presente la oportunidad.

El desarrollo armónico de la economía y una pauta equitativa de distribución de la riqueza requiere que el flujo de inversiones modernizantes alcance también a la empresa pequeña y mediana.

Las empresas grandes tenemos aquí una responsabilidad especial, que es a la vez una oportunidad de consolidar una economía de producción que en definitiva beneficiará a la sociedad toda. Me refiero a la responsabilidad de contribuir a crear una cultura económica competitiva también en las empresas medianas y pequeñas. Debemos ayudar a que las raíces de una cultura productiva y de gestión empresarial moderna nutran a todo el aparato productivo del país.

El sistema productivo al que me refiero debe, además, tender a dar plena ocupación en el mediano plazo, aunque también nuestro problema ocupacional, en gran medida, responde a la capacitación de los recursos humanos, en la cual, como decía al principio, los empresarios tenemos una gran responsabilidad. El acceso al mercado de trabajo depende cada vez más de la posesión de aptitudes y capacidades que, desgraciadamente, no poseen todos los habitantes de nuestro país ni todos los jóvenes. Precisamente esta casa, la UADE, es el resultado del esfuerzo

conjunto del empresariado y el Estado, que le dio un marco para su funcionamiento. Miles de egresados de estos claustros hoy son valiosos recursos humanos de la economía real, para lo cual fueron capacitados con programas que los ligan con el mercado laboral.

Dentro del concepto de planificación de nuestras empresas debemos estimular el desarrollo de estos centros de estudio, y también de los que se encuentran en la órbita estatal, para que las posibilidades del conocimiento y de su aplicación en la vida profesional -uno de los pilares del éxito personal- estén al alcance de todos.

El empresario debe sentirse parte activa de la comunidad en la que actúa, debe integrarse a su liderazgo. Las empresas, de manera directa o a través de fundaciones, mantienen una larga tradición de aporte a la comunidad. Que ya no es una actividad opcional, a veces marginal, sino una verdadera exigencia de la comunidad misma. Cada vez más la empresa valorada no será la empresa eficiente, sino la empresa “humana y eficiente”.

No quisiera terminar estas palabras sin dejar de recordar que mi padre, con cuyo sitio me honra la Academia Argentina de Ciencias de la Empresa, fue un hombre que amó mucho a la Argentina.

El nació en la Argentina y cuando tenía 10 años, en 1918, sus padres regresaron a Suiza, donde continuó los estudios hasta recibirse de Doctor en Ciencias Económicas con una tesis sobre el trigo argentino.

Atraído por los recuerdos y convencido de que había aquí un destino de grandeza, a los 24 años regresó a la Argentina. Se casó. Formó una familia y trabajó en una Argentina que, contrariamente a su sueño, fue frustrándose cada día más, hasta llegar a un estado de descomposición en el que la oscuridad y la muerte se adueñaron de todo. Él fue una de las tantas víctimas inocentes de tanta locura. Yo lamento que no pueda estar hoy entre nosotros, viendo como sus sueños de una Argentina que prospera y merece ser vivida. Comienzan a cumplirse.

Asimismo lamento la ausencia de mi hermano Francisco, quien también hubiera sido merecedor de ocupar este sitio en honor a nuestro padre.

Ocupando hoy esta silla invoco la memoria de ambos. Con el compromiso de continuar trabajando como empresario por el progreso y la prosperidad de la Argentina.

Muchas gracias.